La Cristalmorfosis

Una aproximación Kafkiana a una extraña pirueta electoral

Cuando una mañana se despertó, Evaristo Rodríguez, después de un sueño agitado, vio como su muscular constitución atlética se había convertido en una transparente. fría y delicada urna de cristal. En esa inmóvil posición comenzó a sentirse nervioso. Inspiró profundamente y comprendió que las palpitaciones de su vidrioso corazón, no correspondían a sensaciones oníricas. Dejó entonces que la angustia inicial fuese sustituida por aceptación ante un hecho irremediable y cerrando unos imaginarios ojos, espiró las silícicas partículas de "aire" que toda urna utiliza para respirar.

Era una mañana fría y oscura. A través de la ventana penetraba una luz melancólica que ensombrecía el ambiente y su estado de ánimo de urna recién nacida. Notó entonces que la puerta de su habitación había sido abierta y que su padre ojeaba el cuarto. Contempló, casi con serenidad, como éste no parecía extrañado por la ubicación de semejante objeto encima de la cama. Era razonable. Su padre era secretario del Ayuntamiento y precisamente ese día, tenía que colocar algunas urnas en las salas habilitadas para la votación. Pensaría que tal vez había llegado allí, después de haber satisfecho alguna curiosidad infantil.

Le habló, con esa voz distante y geométrica que caracteriza a las urnas. Pero no le oyó. Eran dos mundos diferentes, el de los hombres y el de las urnas, a pesar de que, desde la llegada de los nuevos y "modernos" modos de convivencia, hacía ya un año, hombres y urnas parecían haber hallado una feliz comunión.

Se sintió transportado, aseado y colocado encima de una vieja mesa desde la que dominaba toda la sala. Más tarde, un alambre selló su poliédrica constitución, lo que le provocó un estremecimiento purificador que recorrió todos sus átomos.

Allí solo, encima de ese mamotreto de madera carcomida, meditó sobre el pasado. Quiso comunicar con su compañera de madera, pero los suyos eran dos mundos extraños y paralelos, si bien, ambos habían sido puestos allí para cumplir misiones complementarias: la de cobijar blancas ilusiones y la de sustentarlas.

A las ocho de la mañana entraron seis personas en la sala. Una de ellas, la que parecía llevar la iniciativa verbal, pronto se halló perdida, buceando en un mar de papeles y listas. Todos se sentaron. Oyó sus chistes y comentarios intrascendentes sobre personas, propiedades y cosas. Recordó entonces la distancia que existía entre hombres y urnas y no hizo ningún esfuerzo por expresar algo de su trocada existencia. Sin embargo, pudo notar cómo la mano cálida del hombre del centro acariciaba el apéndice metálico que sellaba y esterilizaba su vacío interior.

Un señor bajito franqueó la puerta a las nueve llevando en la mano un sobre blanco y ese azulado e inseparable pasaporte que nos "individualiza numéricamente". Con cierta timidez y con un gesto que se repetiría infinidad de veces, entregó ambas cosas al personaje que aún preguntaba acerca de los documentos y la burocracia que los mantendría allí sentados durante toda la jornada.

El sobrecito en cuestión penetró por la única ventana que poseía con el exterior. No supo reconocer esa nueva y extraordinaria sensación. Le pareció que el papel caía lentamente hasta que por fin se depositó en el fondo de su inorgánica estructura. Le preguntó amargamente, como si no pudiese derribar el muro de incomunicación que se había levantado a su alrededor aquella mañana absurda y aciaga. La papeleta respondió con esa voz bulliciosa que caracterizaba todas las papeletas surgidas de la nueva y esperanzadora dialéctica en la que estaba inmerso el país. Le contó qué hacía dentro de él, qué representaba y qué sucedía afuera, donde hombres y papeletas ensayaban por primera vez la pirueta democrática. Le habló además, del deseo de paz y libertad que embargaba los corazones humanos. El, con sus metamorfoseados oídos cristalinos, escuchó, también por primera vez, que la vieja utopía era posible aquí, un año después.

Todo el día estuvo engullendo y digiriendo papeletas con las que conversó sin descanso, contagiado por la alegría que emanaban esos políticos inventos laminares. Llegó a apreciar diferencias fundamentales entre ellas e incluso, sintió el calor y la ilusión de los seres que las habían transportado y depositado en su interior.

Fue tal el flujo de sensaciones que se apoderó de él, que olvidó su palpitante corazón y pasó la jornada felizmente.

Una voz cansada acabó de repente con el trasiego de sobres a través de su esquemática boca. Después de las necesarias incursiones en las manoseadas y complejas instrucciones electorales y de la ceremonia de corte de su apéndice legalizador, observó cómo era abierto, desentrañado y vaciado

Fue escuchando una a una las expresiones abreviadas de los contenidos de sus blancas compañeras. Al final, comprobó en una hoja, el escueto resultado de sus conversaciones, si bien, el papel sólo lo reflejaba con la frialdad que poseen los escrutinios y las estadísticas.

Todos se fueron. Una lágrima se deslizó por su resbaladiza mejilla de cristal. Se sintió solo, destripado, jubilado, marginado y triste. A su lado, un montón de sobres vacíos aportaba aún más desasosiego a la ya de por sí deprimente estancia. La misma angustia de cuando despertó, le inundó su imaginaria mente de vidrio. Viendo que no había ya nada que hacer, sacó fuerzas de su hexaédrica conformación y se arrojó al suelo, quedando convertido en mil pedazos transparentes.

Cuando otra mañana se despertó Gervasio Guerra, después de un sueño agitado...

CASIMIRO JESUS BARBADO LOPEZ
Agosto 1.984

Primer premio prosa VI Certamen Literario "Manuel José Quintana"